

«cias de la Francia son bien conocidas, y el sol del nuevo  
«año verá brillar las armas triunfantes de la República  
«por todo el territorio mejicano.»

1866. Don Porfirio Diaz, con una fé grande en  
Octubre. el triunfo de la causa republicana, iba estre-  
chando más y más el sitio, sin que los defensores de la  
plaza pudiesen hacer entrar víveres. El general imperia-  
lista D. Cárlos Oronos, que tenía á su cargo la defensa de  
la ciudad, trabajaba activamente en reparar los estragos  
que la artillería de los sitiadores hacía en las trincheras, y  
esperaba que el gobierno enviase en su auxilio alguna  
division. No se engañó en su esperanza. Con efecto, el  
gobierno envió en socorro de la plaza una columna aus-  
tro-mejicana compuesta de mil quinientos hombres. El  
general D. Porfirio Diaz, al tener noticia del envío de la  
expresada fuerza, se propuso batirla, y dejando al frente  
de los sitiados las tropas suficientes, marchó con las res-  
tantes al encuentro de la columna auxiliar. Era el 18 de  
Octubre. El activo general republicano, que había medi-  
tado bien el golpe y que contaba con gente valiente y  
decidida, cayó impetuosamente, en el paraje llamado  
Carbonera, sobre la columna austro-mejicana, derrotán-  
dola completamente. La victoria de las armas republica-  
nas fué completa. Artillería, municiones y cuantos per-  
trechos de guerra llevaban los imperialistas, cayó en  
poder de los vencedores. El número de austriacos hechos  
prisioneros ascendió á cerca de trescientos.

Conseguido este espléndido triunfo, D. Porfirio Diaz  
estrechó fuertemente el sitio de Oajaca y activó las ope-  
raciones para apoderarse de la ciudad. Despues de dos



El general D. Porfirio Diaz.

Francia son bien conocidas; y el ser del arroyo  
de brillar las armas triunfantes de la República  
sobre el territorio mejicano.

1868. Don Porfirio Díaz, que era ya grande en  
Octubre, el triunfo de la guerra civil, iba estre-  
chando más y más el cerco de los defensores de la  
plaza pudiesen hacer. El general imperialista  
D. Carlota Díaz, que tenía a su cargo la defensa de  
la ciudad, trató de arreglar en reparar los estragos  
de la artillería y de trasladar hacia en las trincheras, y  
esperaba que se le enviaran en su auxilio alguna  
columna. En su engaño en su esperanza. Con efecto, el  
general imperialista le envió una columna aus-  
iliar de mil quinientos hombres. El  
general imperialista al darse cuenta del envío de la  
columna auxiliar, se retiró a la plaza de armas, y dejando al frente  
de la plaza a las tropas auxiliares, marchó con las res-  
ervas de la columna auxiliar. Era el 18 de  
Octubre. El activo general imperialista, que sabía medi-  
tado bien el golpe y que tenía un gente valiente y  
decidida, cayó inesperadamente en el paraje llamado  
Carbonera, sobre la columna auxiliar imperialista, derrotán-  
dola completamente. La victoria de las armas republica-  
nas fue completa. Artillería, municiones, cuantos por-  
tales de guerra llevaban los imperialistas, cayó en  
poder de los revolucionarios. El número de prisioneros hechos  
presenció ascendió a cerca de tres mil.

Conseguido este importante triunfo, el general Díaz  
estrechó fuertemente el sitio de Orizaba y activó sus ope-  
raciones para apoderarse de la ciudad. Después de dos



J. F. Farrés - Editor.

H.M.

Lit. M. Pujadas - Barcelona.

El general D. Porfirio Díaz.

semanas más de asedio en que sitiadores y sitiados se portaron con notable valor; despues de recios ataques en que murió el jefe de los cazadores imperialistas, el bravo comandante Tertard, la guarnicion capituló el 31 de Octubre sin más garantía que la de la vida, y el general don Porfirio Diaz entró triunfante en ella al frente de sus tropas, que se condujeron con el orden y moderacion que

1866. siempre hizo observar á sus soldados el hon-  
Octubre. rado general republicano. La toma de Oajaca

le hizo dueño de cuarenta piezas más de artillería que tenía la plaza y un considerable número de fusiles y otros pertrechos de guerra. D. Porfirio Diaz embelleció aun más su triunfo con la publicacion de una proclama que le honrará siempre. En ella mandaba á sus subordinados bajo la amenaza de las más severas penas, la templanza y el buen comportamiento, así como que se respetara la vida y los bienes de los súbditos franceses que allí residían.

Respecto de las personas que habían servido al imperio, se vió precisado á cumplir con la dura ley dada desde el principio por el gobierno de D. Benito Juarez, que ordenaba la ocupacion de sus propiedades. En virtud de esa disposicion superior, D. Porfirio Diaz mandó ocupar las fincas así rústicas como urbanas de los que habían favorecido en algo al imperio, como habían sido ocupadas otras, por diversos jefes, en varios departamentos de los evacuados por las tropas francesas.

Mientras esto acontecía en el estado de Oajaca, en el de Sinaloa trabajaba con notable actividad el general republicano D. Ramon Corona por el triunfo de la causa que defendía. Sabiendo de una manera positiva que los fran-

ceses debían evacuar muy en breve la ciudad y puerto de Mazatlan, situó casi á sus puertas las suficientes fuerzas para ocupar la plaza inmediatamente que la guarnición se embarcase, así como para hostilizarla entre tanto y prohibir enteramente la entrada á toda clase de personas. El jefe á quien encomendó que la hostilizase sin cesar, fué el coronel Gutierrez, que nada descuidó para cumplir exactamente con la órden.

Al mismo tiempo que ocupaba parte de su fuerza en amagar la plaza de Mazatlan, mandó una brigada, á las órdenes del coronel D. Eulogio Parra, al Estado de Jalisco, como vanguardia del ejército de Occidente, para que operase activamente.

La brigada se componía de tres secciones: la primera, formada con el cuerpo *Ramirez* y el batallon *Degollado*, iba al mando del expresado coronel Parra; la segunda, compuesta del batallon *Guías de Jalisco* y del *Lijero de Jalisco*, estaba bajo las órdenes del coronel D. Francisco

1866. Tolentino; y la tercera, á cuyo frente marchaba el coronel D. Donato Guerra, se componía de la guerrilla del *Salto*, al mando del capitán don Bernabé Ramirez, de la denominada *Ocampo*, al mando del capitán D. Jesús Arteaga, la llamada *Independencia*, al mando del comandante D. Celso Cosío, de la denominada *Martinez*, que mandaba el capitán D. Ramon Martinez, del escuadron *Guerrero* al mando del comandante D. Florencio Pacheco, y del batallon *Mixto* mandado por el teniente coronel D. José Palacio.

El día 16 de Octubre salió esta columna hácia Jalisco, despues de haber dado á reconocer por la órden

general, como jefe de la brigada de vanguardia, al coronel D. Eulogio Parra, y por segundo de la misma al coronel D. Donato Guerra. Al primero se le extendió el nombramiento de comandante militar del Estado de Jalisco, y al segundo el de comandante militar del canton de Sayula, en el mismo Estado de Jalisco. Iguales nombramientos se dieron á los coroneles Tolentino, Saavedra y Nava para los cantones de Zapatlan, Autlan y Ahualulco del mismo Estado. A cada uno de estos jefes dió el general en jefe D. Ramon Corona las instrucciones y facultades que juzgó convenientes para hacer la campaña.

Esas instrucciones eran once. En la primera se les facultaba á los expresados jefes «para proporcionarse recursos por medio de préstamos, cuidando que estos fuesen repartidos con igualdad y proporcionalmente, dando á los interesados sus correspondientes recibos, y haciendo constar en ellos que serían pagados como lo dispusiera el gobierno del Estado.» En la instruccion segunda se disponía que «si en el canton del mando de cualquiera de los expresados jefes había intereses pertenecientes á franceses ó mejicanos imperialistas, se dispusiera de ellos en cumplimiento de la ley, para la manutencion de las tropas, dando cuenta á quien correspondiese». Otra de las instrucciones les facultaba para nombrar interinamente los empleados de hacienda correspondientes al canton del mando de cada uno, procurando que precisamente esos

1866. nombramientos recayesen en personas que  
 Octubre. no fuesen imperialistas; otra para nombrar alcaldes y jueces menores; otra para aumentar hasta donde fuese posible las fuerzas que tenían bajo sus órdenes;

exceptuando, según la instrucción novena, del servicio militar forzado á los casados con familia. Las otras instrucciones eran de ménos importancia y omito ponerlas porque carecen de interés para la historia.

Desde que se supo la resolución de la Francia de retirar sus tropas de Méjico, aumentó extraordinariamente la actividad de los contrarios al imperio. Las conspiraciones eran frecuentes, y algunas de ellas estuvieron á punto de verificarse. Una de éstas que debió estallar en el mes de Octubre en Tlalpam, á tres y media leguas de la capital, fracasó por la actividad desplegada por el general D. Tomás O'Horan, que era el comandante general de ese territorio. Habiendo tenido noticia el día 7 de Octubre de que el guerrillero republicano D. Vicente Martínez se hallaba con unos cuantos hombres en el distrito de Tlalpam con el fin de insurreccionarlo y sorprender á las autoridades imperialistas, dictó con mucho sigilo algunas medidas que juzgó que le darían por resultado la aprehensión del expresado Martínez. Tomadas las precauciones necesarias para no dar á entender que se tenía aviso de lo que se intentaba, el general D. Tomás llegó á saber que D. Vicente Martínez se hallaba en el mismo Tlalpam, en una casa que sólo distaba doscientos metros de la que habitaba el expresado general. A las cinco de la tarde, cuando más tranquilo se hallaba el jefe republicano Martínez, se vió sorprendido en la pieza que estaba por los soldados enviados por D. Tomás O'Horan. Con Martínez fué aprehendido D. Jacinto Lazcano, jefe de otra conspiración descubierta anteriormente en Tizapan. D. Jacinto Lazcano estaba sentenciado en rebeldía por la Corte Marcial

á pena de muerte, por haber sido uno de los que habían matado á los prefectos imperiales de aquel mismo distrito Falcon y Bescerril al principio de la intervención. Reducido á prisión, declaró quienes eran los principales individuos que debían ponerse al frente de la revolución para sublevarse en los barrios de aquella ciudad, pueblos circunvecinos y otros más lejanos del mismo distrito. Acto  
1866. continuó se procedió á la aprehensión de los  
Octubre. denunciados, logrando verificarlo en su mayor parte, aunque algunos hicieron fuego sobre los soldados cuando les aprehendían, pues cada uno tenía en su casa tres ó cuatro armas. Por las declaraciones de algunos de ellos se supo que el plan era hacerse dueños de la ciudad, asaltando los cuarteles y apoderarse de los jefes imperialistas principales, algunos de los cuales estaba dispuesto que fuesen fusilados. Entre estos estaba comprendido el general D. Tomás O'Horan, por haberse separado de las filas republicanas cuando lo verificaron el general Uruga y otros varios, y haberse adherido al imperio, al creer que con él llegaría el país á disfrutar de completa paz, y á marchar por el camino de la prosperidad y del verdadero progreso.

Reducidos á prisión casi todos los que hacían cabeza en la conspiración, y convictos unos y confesos otros, once de ellos, que habían pertenecido á las guerrillas, fueron sentenciados á la pena de muerte, que la sufrieron á la una de la tarde del día 8, siendo fusilados en el mismo Tlalpam.

Dice D. Pedro Pruneda en su *Historia de la guerra de Méjico*, que «por ese mismo tiempo hubo en Méjico

una tentativa de asesinato contra el emperador; que unos hombres se habían apostado, por la noche, en los últimos días de Octubre, en el camino de Chapultepec, ocultos bajo los arcos y con armas; que el general O'Horan, que había recibido aviso de que se meditaba un atentado contra una persona de muy alta gerarquía que debía pasar por allí, apostó vigilantes que no perdieran de vista á los acechadores, y los siguieran cuando se retiraban al anochecer, perdida ya la esperanza de dar el golpe; que los referidos acechadores eran dos, y juntos con otros dos apostados en el camino, fueron presos; que instruido el proceso con actividad, á las pocas horas estaban los cuatro convictos, pero uno solo confeso, llamado José María Martínez, cómplice de la conspiracion descubierta en Tlalpam, el cual, aprobada la sentencia, fué ajusticiado.»

Respecto de esta noticia, el apreciable escritor mencionado no recibió fieles informes. Basta saber que Maximiliano salió de la capital para Orizaba y que se hallaba en <sup>1866.</sup> esta ciudad desde el 26 de Octubre, para <sup>Octubre.</sup> convencerse de que nadie podía esperar á fines del mismo mes, oculto bajo los arcos del acueducto que conduce el agua de Chapultepec á Méjico, á que pasase el emperador para asesinarle, cuando en esa fecha aun continuaba en la expresada ciudad de Orizaba. El José María Martínez de que se habla en ese proyecto de asesinato, debe ser el mismo D. José Martínez cuyos pasos mandó seguir el general D. Tomás O'Horan, y que fué aprehendido en Tlalpam, como dejo referido.

En más vasto campo, y libres de todo temor de ser sorprendidos, seguían trabajando en los Estados-Unidos para

pasar á Méjico á combatir contra el imperio, el general republicano D. Jesus Gonzalez Ortega, y el varias veces presidente de la república mejicana D. Antonio Lopez de Santa-Anna. Cada uno, de su parte, procuraba hacerse de gente, armas y recursos para presentarse al frente de una expedicion respetable en su país, y una vez derrocado el trono de Maximiliano, hacer ver, el primero, que era el llamado por la constitucion á ocupar la silla presidencial; y el segundo, que la opinion pública le llamaba al poder para unir á todos los partidos.

Altamente ofendido D. Antonio Lopez de Santa-Anna por el desaire recibido de D. Benito Juarez, que no quiso admitir sus servicios y ofrecimientos, se propuso hacer ver que le sobraban partidarios en Méjico para derrumbar la monarquía, y que únicamente lo que le faltaba era presentarse en cualquier punto del país con una fuerza que apoyara los numerosos adictos que aseguraba tener en todas las comuniones políticas. Lleno de esperanzas en el éxito de la empresa, nombró hasta los jefes de los departamentos que al plantearse de nuevo la república debían suceder á los del imperio, y trabajaba activamente con los irlandeses residentes en los Estados-Unidos, para que apoyasen su proyecto. Santa-Anna, conociendo el sentimiento católico de que estaba animada la mayoría de la nacion mejicana, quería que su expedicion se compusiera de irlandeses, pues profesando las mismas creencias religiosas que los habitantes del país, éstos verían en ellos así como en él, garantizada la religion que profesaban, principal motivo que les había hecho adoptar la monarquía. Para que los irlandeses de alguna fortuna y prestigio

establecidos en los principales puntos de los Estados-Unidos le ayudasen á llevar á cabo su empresa, <sup>1866.</sup> les ofreció notables ventajas, comprometiéndose á su vez á ayudarles más tarde en sus planes sobre Irlanda. Los agentes de Santa-Anna que se hallaban en varias ciudades de los Estados-Unidos, procuraban persuadir á los millares de irlandeses pobres que en ellas viven casi en la miseria, á que marchasen en la expedicion que se estaba preparando, haciéndoles ver que terminada la campaña, tendrían en Méjico vastos y ricos terrenos donde vivir en la abundancia.

Juzgando D. Antonio Lopez de Santa-Anna que los que habían elegido el imperio, así como un número considerable de republicanos moderados que lo habían aceptado despues, preferirían verle á él de presidente, á cualquiera otro del partido liberal exaltado que dejase en pié las leyes de reforma referentes á la Iglesia, imponiendo á la vez castigos á los que habían servido al imperio, se esforzaba en hacer ver que su gobierno sería de olvido completo de lo pasado. Decía públicamente ya, que él no estaba relacionado con ninguno de los partidos militantes en Méjico; que sólo las repetidas instancias de los hombres más notables de su país, entre los cuales se encontraban no pocos de los que en otro tiempo habían sido sus adversarios, le habían obligado á tomar la resolucion de dar el paso que tenía dispuesto; y que la resolucion tomada no era producto de una ambicion bastarda y personal, sino hija únicamente del más puro y acendrado patriotismo. D. Antonio Lopez de Santa-Anna tuvo varias conferencias con el coronel Roberts, irlandés, presidente de la Frater-

nidad Feniana. Se asegura que éste le ofreció su concurso y el de sus compatriotas para dar cima á la empresa.

Santa-Anna, resuelto á dar principio á ella lo más pronto posible, desplegó una prodigiosa actividad, y <sup>1866.</sup> gastando crecidas sumas, llegó á tener organizado ya á principios de Octubre un cuerpo de dos mil hombres, perfectamente armados y equipados, esperando la primera señal para dirigirse á uno de los puertos del Golfo de Méjico, como estaba dispuesto. Para subvenir á los gastos de esta expedicion, Santa-Anna negoció un empréstito de tres millones de duros con varias casas de comercio de Nueva-York.

Por su parte, el general D. Jesús Gonzalez Ortega, procuraba tambien con asombrosa actividad reunir alguna gente y elementos de guerra, no para disputar en aquellos momentos su derecho á la presidencia, sino para combatir, unido á las fuerzas republicanas que operaban en diversos Estados de Méjico, al partido imperialista y al imperio. Para hacer ver que su objeto era luchar por la causa de la república, publicó el 26 de Octubre un manifiesto en Nueva-Orleans, en que declaraba que, en calidad de presidente constitucional de Méjico, se disponía á partir para ese país, á fin de encargarse del gobierno de la nacion.

Muy léjos estaban de imaginarse así D. Antonio Lopez de Santa-Anna como el general D. Jesús Gonzalez Ortega, al hacer cada cual los preparativos para dirigirse á territorio mejicano, que el gobierno de los Estados-Unidos se proponia impedir que realizaran sus deseos. Pero nada era más cierto que eso. El gabinete de Washington